

En los últimos días los gobiernos vasco y central han puesto de relieve en público sus diferencias sobre la política penitenciaria a aplicar a los etarras presos. Desde el ejecutivo de Vitoria se ha reclamado un cambio en esa política y se ha defendido encarecidamente el derecho a la reinserción de los miembros de la banda encarcelados.

Seguir discutiendo sobre la reinserción de los etarras es como alancear molinos de viento: un espejismo apasionado, pero sin fruto alguno. La razón es muy simple: descontando al grupo de los presos que están en Nanclares y que hace tiempo que rompieron con ETA, no hay entre el resto de los reclusos ninguno que esté dispuesto a dar los pasos que

FLORENCIO DOMÍNGUEZ

REINSERTAR MOLINOS



la legislación exige para obtener los beneficios penitenciarios. Entre esos pasos, no se olviden, están los regulados en el artículo 90 del Código Penal que indica que «se entenderá que hay pronóstico de reinserción social cuando el penado muestre signos inequívocos de haber abandonado los fines y los medios de la actividad terrorista». El mismo ar-

tículo establece que podrá acreditarse la ruptura con el terrorismo «mediante una declaración expresa de repudio de sus actividades delictivas y de abandono de la violencia y una petición expresa de perdón a las víctimas de su delito, así como por los informes técnicos que acrediten que el preso está realmente desvinculado de la organización terro-

rista y del entorno y actividades de asociaciones y colectivos ilegales que la rodean y su colaboración con las autoridades».

Si alguien sabe de un solo preso etarra, que no esté en Nanclares, que quiera avanzar por la senda de la reinserción, a buen seguro que el Ministerio del Interior estará interesado en ser informado para facilitarle el camino a ese recluso.

Hace unos meses había un colectivo mucho más amplio de etarras dispuestos a seguir la senda de los presos de Nanclares, pero ese movimiento se paralizó. A disuadir a los potenciales candidatos a la reinserción ha contribuido de manera decisiva el clima político y mediático que ha jaleado de manera acrítica, cuando no entusiasta, los movimien-

tos de la izquierda abertzale. Cada titular, o cada declaración de un político, que presentaba a Arnaldo Otegi como la gran esperanza blanca de este país llevaba a un grupo de presos a dar marcha atrás en el camino de la disidencia. ¿Para qué seguir el camino duro que tenían que recorrer de manera individual, rompiendo con su pasado y significándose ante los suyos, cuando se les estaban creando expectativas de salir de la cárcel a corto plazo y en cuadrilla, sin autocrítica ninguna?

Seguir manteniendo la polémica pública sobre una reinserción que rechazan los etarras supone dirigir la presión sobre el Gobierno en lugar de mantener la exigencia a los propios presos y a la banda de la que forman parte.